

CIAT — Boletín de Prensa

Distribuido para enterar al personal principal del CIAT sobre la información que el Centro envía a la prensa.
Copias en formato oficial disponibles en la Unidad de Comunicaciones, con fotografías en la mayoría de los casos.

(BPI-071-p. 1 de 3)
PARA INFORMACION INMEDIATA
Julio 1995

En la Zona Andina

Científicos y campesinos se unen para combatir abuso de plaguicidas

CALI, COLOMBIA — Los agroquímicos —héroes de la "revolución verde"— son hoy, por su mal uso, los villanos de la agricultura sostenible.

Eso ha motivado a los científicos —los mismos que apoyaron inicialmente su aplicación— a buscar fórmulas que restablezcan el equilibrio perdido.

Uno de ellos es el Dr. César Cardona, entomólogo del Programa de Frijol del Centro Internacional de Agricultura Tropical (CIAT). "La entomología ha cambiado mucho y nuestra mentalidad es diferente ahora", dice.

El Dr. Cardona lidera un proyecto, cuyo objetivo fundamental es reducir el uso de insecticidas en la producción de frijol en la zona andina de Colombia, Ecuador y Perú, a través del Manejo Integrado de Plagas (MIP).

El MIP es un método ecológicamente orientado, que utiliza diversas técnicas de control de plagas. Con estas técnicas, se produce igual cantidad de alimentos a menor costo, con menores riesgos de intoxicación y de daño al medio ambiente, y sin recurrir al uso intensivo de agroquímicos.

Cultura química

No obstante, entre los agricultores de la zona andina predomina una "cultura química". Las fumigaciones se hacen, en muchos casos, por rutina y no por necesidad.

"Somos porfiados y para asegurarnos echamos el doble de veneno", admite Gerardo Soto, un campesino de Antioquia, al norte de la zona andina colombiana, quien se ha convertido en vocero de las nuevas tecnologías.

Además de incremento de costos, el mal uso de agroquímicos representa un alto riesgo para la población, incluyendo en ella al consumidor final de los alimentos.

Según estudios del proyecto MIP, entre 13% y 30% de los productores de frijol de la zona andina han sufrido intoxicación en los últimos 10 años.

Las autoridades sanitarias de Colombia, Ecuador y Perú están trabajando con científicos de programas nacionales e internacionales, para erradicar esta "cultura química".

Tan arraigada está, que en algunas regiones, la hombría se demuestra fumigando. "A los 14 años me tocaba fumigar cinco veces a la semana. Ahí me hice hombre", dice Floro Quille, un campesino de Loja, al sur del Ecuador, quien sobrevivió a una intoxicación.

Adversos al riesgo

El pequeño agricultor prefiere arriesgar su piel mas no su cosecha, y ve en los plaguicidas una especie de póliza de seguros que le garantizará estabilidad económica.

"El problema es serio", afirma el Dr. Cardona. "En las áreas de ladera sembradas con frijol en Colombia, el promedio de aplicaciones es de 11 por cultivo que dure 90 días. Es decir, fumigan una y hasta dos veces por semana un campo de frijol que no da para pagar tantas aplicaciones".

En el Ecuador, el promedio de aplicaciones por cultivo es de cinco y en el Perú es de seis. "Si se siguen las prácticas MIP, se pueden reducir a un mínimo de 2 ó 3 en total en algunas regiones. No se puede llegar a cero aplicaciones porque las zonas están muy desequilibradas", dice el entomólogo.

La tarea de científicos y expertos agrícolas para convencer al campesino de que adopte nuevas tecnologías es difícil.

"El agricultor es muy renuente al principio y no confía en el profesional o el técnico, porque sí. Tenemos que demostrarle con hechos", dice Gloria Elena Guzmán, ingeniera agrónoma de la Secretaría de Agricultura de Antioquia, entidad oficial de Colombia que participa en el proyecto.

La clave: participación

La aplicación del Manejo Integrado de Plagas está desarrollando prácticas culturales tan simples como la destrucción de residuos de cosecha, que está siendo adoptada rápidamente en la zona andina por ser muy eficaz para destruir insectos.

Igualmente, se están adaptando maneras sencillas de evaluar plagas, utilizando frascos y granitos de frijol para contar plantas e insectos y establecer así si se justifica fumigar.

"No podemos decirle al agricultor que lleve un cuaderno o una calculadora; muchos ni siquiera saben leer ni escribir", afirma María Teresa Ramón, ingeniera agrónoma del Ministerio de Agricultura y Ganadería del Ecuador, vinculada desde hace 3 años al proyecto MIP.

La clave para el éxito es participación. En la actualidad se están contactando agricultores para explicarles el objetivo.

Sus fincas se dividen en dos grandes sectores. En uno, el agricultor cultiva siguiendo sus prácticas tradicionales, y en el otro se siguen las prácticas MIP. Es decir, que las decisiones de control las toma el investigador conjuntamente con el agricultor, e intercambian información. Al final se comparan resultados.

Tan pronto el campesino constata que esas prácticas son beneficiosas, él mismo se encarga de convencer a sus vecinos de que sigan su ejemplo. "La gente le cree a uno", dice Octavio Zumárraga, un líder campesino del Valle del Chota, al norte del Ecuador, quien comprobó las bondades del proyecto.

Hasta ahora se han realizado alrededor de 75 experimentos participativos en Colombia, 25 en Ecuador y 18 en Perú. "En todos ellos se ha demostrado que la producción es igual y a veces superior con menos trabajo, menores costos y con una reducción del 70% en el uso de insecticidas", dice el Dr. Cardona.

Sin embargo, aún queda mucho terreno por recorrer. "Lo difícil apenas comienza", asegura el entomólogo del CIAT. Lo importante es que ya existe el interés de trabajar unidos para recuperar ese equilibrio roto por los agroquímicos.